



VIDA. Arriba a la izquierda, un ctenóforo —animal planctónico— en el canal Refugio; a la derecha, centollas en bahía Tic Toc; abajo a la izquierda, erizos en isla Midhurst; al lado, lobos finos australes en islotes Cayes. Según el biólogo marino Rodrigo Hucke-Gaete, los bosques de macroalgas son el bastión para poder mitigar los efectos del cambio climático.

que no llegabas a ver las rocas. Cada inmersión fue una demostración de riqueza y abundancia”, cuenta Bello en ruta de vuelta hacia Puerto Montt, mientras el equipo revisa sus registros audiovisuales, algunos de los cuales acompañan este artículo. “Pero todo este patrimonio no está siendo bien cuidado: hay lugares donde no debieran haber intervenciones industriales de la escala que vimos. Además, había una cantidad de basura impactante, donde no debiera haber más que naturaleza; centros completos encajados en sitios súper alejados, como el oeste del archipiélago de los Chonos. Hoy sabemos que en la Patagonia de Puerto Montt hacia abajo hay 40 mil islas

e islotes. Si eso lo extrapolas, puede haber millones de toneladas de basura”.

Sin embargo, existen algunos avances. De hecho, la protección de estos fiordos forma parte de un compromiso de gobierno basado en la Ley Marco del Cambio Climático, tal como lo explicó la ministra del Medio Ambiente, Maisa Rojas, quien estuvo invitada por la expedición durante un día e incluso buceó en un bosque de algas cerca de Dalcahue.

“Como ministerio tenemos el compromiso de tener, de aquí al 2030, una representatividad de al menos 10 por ciento de las ecorregiones que hoy no están bien representadas en nuestras áreas marinas protegidas. Una de ellas es la Ecorregión

Chiloense”, dijo la ministra, una vez de regreso en el yate. “La declaración de áreas protegidas está íntimamente relacionada con el mundo científico, para entender por qué queremos protegerlas. En el caso del océano, para saber qué es lo que hay, hay que venir a verlo. Acabamos de bucear y fue impresionante constatar que estos son bosques que, al igual que los terrestres, albergan una cantidad muy grande de otras especies. Ahora estamos entendiendo que el mundo submarino es igualmente valioso, y las personas que dependen del océano para sus actividades productivas también entienden que la protección es un beneficio para ellos”.

Casa de ballenas

La navegación por los fiordos y canales de la Patagonia depende en buena parte del tiempo. Si bien el itinerario de la expedición sufrió algunas modificaciones, los diez días de viaje tuvieron unas condiciones de viento y temperatura poco comunes para la zona austral de Chile.

Nosotros subimos en Dalcahue, ya en el final del viaje, y el mar era una auténtica tasa de leche. Además, no hacía frío y, lo mejor para los buzos, había una impresionante visibilidad en las aguas, de hasta 15 o 20 metros.

“Habíamos planeado hacer la expedición a comienzos de abril, cuando sabíamos que era mejor para navegar y bucear,

pero no nos esperábamos que fuese tan bueno”, comentó Rodrigo Sánchez, otro reconocido buzo chileno, que estuvo a cargo de la logística del viaje.

Íbamos navegando por el golfo de Ancud en dirección a Calbuco cuando de pronto desde la cubierta alguien gritó en inglés:

“Whales! Blue whales!”.

Efectivamente, frente al yate Discovery, dos ballenas azules estaban asomando sus aletas y parte de su cuerpo, y uno podía presenciar todo este espectáculo a simple vista, sin siquiera tener que utilizar unos binoculares.

La presencia de ballenas azules, el animal más grande del planeta, es una prueba más de la importancia biológica de estos fiordos. Hace unos 25 años, de hecho, se les consideraba condenadas a la extinción, pero tras el descubrimiento de nuevas poblaciones que se alimentaban en esta zona —hallazgo científico que realizó e investigó Rodrigo Hucke-Gaete en 2003— actualmente hay señales de esperanza.

“Tenemos identificadas entre 300 y 700 ballenas azules que se alimentan acá, además de jorobadas y sei”, dice Hucke-Gaete, con el mismo asombro de la primera vez que las vio.

Según el investigador, las ballenas azules son auténticos agricultores del mar: sus fecas tienen micronutrientes especiales que ayudan a su crecimiento. Por eso, proteger a las ballenas también significa proteger estos bosques de algas, que son cruciales para la vida en el planeta.

“En este ecorregión se produce la mayor frecuencia de avistamiento de ballena azul, y la segunda de jorobadas. Eso es una responsabilidad gigantesca”, dice.

Hucke-Gaete sabe muy bien de lo que habla: hace dos décadas fue uno de los impulsores de la creación de una gran área marina protegida de 50 mil kilómetros cuadrados en esta misma zona, idea que no prosperó.

“Creo que por entonces no estábamos preparados para conservar: había un pensamiento negativo que decía que la conservación afectaba el desarrollo económico”, explica el investigador. Luego agrega: “Hoy existe más conciencia y entendimiento de que si conservamos, va a ser mejor para todos. Yo lo digo así: hace unos años perdimos una batalla, pero ahora vamos a ganar la paz con la naturaleza”. **D**